

MAS QUE MUJER

Eres mujer ... apenas,
casi una niña.
Estás oculta en un rincón,
y sostienes a tu niño
tan adherido a tu regazo,
que cualquiera,
al verte de improviso,
pensaría
que no son dos,
sino sólo un cuerpo hermoso,
suave, dulce y perfumado.

Es tu hijo,
y sólo tú entiendes sus gestos
de manera tan perfecta,
y sabes cómo penetrar en su país
cuando te llama;
no con palabras elocuentes,
porque ignora
tu nombre,
tu jerarquía y tu linaje;
sino sólo con su llanto:
el más puro,
claro y fiel de los llamados.

Sólo tú sabes brindarle
el refugio que requiere,
cuando extiende sus manitas
implorando
hacia el cielo de tus ojos,
más allá del horizonte de tus brazos.

Estás triste mujer...
mas disimulas cuanto puedes,
y envuelves a tu niño
en tu sonrisa blanca.
Pero él parece darse cuenta

y llora,
empapando el aire
con su llanto solidario.
Como ibas a engañarlo,
si después de haber dormido
tantas veces
con su oído apoyado
sobre tu bendito pecho,
ha aprendido
a descifrar cada latido
de tu corazón de madre.

¡Madre ... sí!
No lo aprendiste
como tantas otras cosas;
es algo que has llevado contigo
a todas partes
desde tu propio nacimiento,
y que hasta ahora
era un secreto bien guardado.

¡No llores ya mujer, no llores!
Mira que tu hijo
cierra sus ojos y se calla,
para elevar una plegaria:
“Que Dios inunde de alegrías
a tu alma”,
como haces tú con él,
mujer ...
más que mujer,
¡Mamá!